

LA GUERRA CIVIL

Carlo Nasi*, William Ramírez**, Eric Lair***

1. Hoy se acepta que el conflicto armado interno en Colombia es una guerra, pero se discute si ésta puede calificarse de civil o no.

¿Considera usted que el conflicto armado que experimenta el país es una guerra civil? Si está de acuerdo, ¿qué elementos permiten calificarlo de esta manera? Si no, ¿qué aspectos impiden que lo sea?

Carlo Nasi. El conflicto armado colombiano sí puede considerarse como una 'guerra civil'. En ciencias sociales la formación de conceptos depende de acuerdos intersubjetivos entre los miembros de la comunidad académica sobre qué elementos empíricos observables corresponden a distintos rótulos del lenguaje. En los años setenta, David Singer, con su proyecto *Correlates of War*, operacionalizó el concepto de guerra internacional como un conflicto armado entre dos o más estados que produce al menos mil muertes por razones de combate por año. En los noventa, Peter Wallensteen y otros investigadores empezaron a utilizar el término 'guerra civil' para toda confrontación armada dentro de un Estado que produce al menos mil muertes relacionadas con el combate, por año. El concepto de 'guerra civil' se planteó a nivel genérico, para marcar un contraste con las guerras internacionales. Bajo esta acepción, desde mediados de los ochenta, Colombia representa una clara instancia de guerra civil, dado que el número de muertes producidas por el conflicto armado ha oscilado entre mil y poco más de tres mil quinientas por año.

Por supuesto, es apropiado distinguir entre subtipos de guerras civiles, como es el caso de las guerras étnicas, o separatistas, o religiosas, o de guerrillas, o revoluciones. En cualquier caso, siempre estaríamos hablando de

manifestaciones particulares de un mismo fenómeno general, que es la 'guerra civil'.

En Colombia, la resistencia a definir el conflicto armado interno como 'guerra civil' proviene en parte de un procedimiento metodológico errado, que consiste en construir el concepto a partir de las características particulares de apenas dos instancias históricas concretas: las guerras civiles norteamericana y española. En ambos casos, el grueso de la población tomó partido y participó activamente en la contienda armada, cosa que no suele ocurrir en casos de guerras de guerrillas (como en Colombia), ni en buena parte de las guerras internas del mundo de hoy. Por el carácter relativamente atípico de la participación masiva de la sociedad en las guerras civiles norteamericana y española, considero que este elemento no debe hacer parte de la definición de 'guerra civil'.

A nivel conceptual es importante evitar tanto los neologismos innecesarios, como las definiciones maximalistas. Ni la guerra en Colombia es tan *sui generis* como para ameritar un neologismo, ni se trata de atribuirle al concepto de 'guerra civil' una extensa lista de propiedades, porque se corre el riesgo de no hallar referentes empíricos en el mundo real. La definición de Wallensteen y otros es clara, precisa, y refleja un consenso académico creciente, lo que no ocurre con otros términos laxos que pretenden innovar sin que haya necesidad de ello, tipo 'guerra contra la sociedad'.

William Ramírez. El conflicto colombiano puede definirse como una guerra civil, si se tiene en cuenta que sus actores armados son unos actores *sociales* y *políticos*. Tanto las guerrillas de derecha e izquierda como la fuerza pública son portadoras de visiones y creencias diferentes acerca del Estado y de las relaciones de este con la sociedad civil, lo cual hace de sus combatientes representantes de una ideología de guerra soportada por intereses colectivos. El hecho de que estos intereses colectivos no coincidan, en algunos o en muchos casos, con una consciente y libre aceptación individual no contradice la naturaleza del conflicto ya que las bases sociales de apoyo características de las guerras civiles siempre se han nutrido de reclutamientos tanto forzosos como voluntarios. Lo social de las guerras civiles rebasa la casuística particular para hacer parte de una lógica en la cual lo más importante es la contribución a las sumas y restas en el balance táctico y estratégico de las fuerzas

* Político – Universidad de los Andes. Ph.D. en Ciencia Política – Universidad de Notre Dame. Director de Especializaciones del Departamento de Ciencia Política – Universidad de los Andes.

** Sociólogo e Historiador. Director del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales IEPRI – Universidad Nacional de Colombia.

*** Profesor de relaciones internacionales - Universidad Externado de Colombia. Profesor Academia Diplomática de San Carlos.

político-militares enfrentadas.

Ahora bien, las visiones y creencias acerca del Estado propias de las organizaciones armadas, le dan a estas su carácter político. La subversión de izquierda colombiana (FARC y ELN) alienta un Estado autoritario, redistributivo en lo económico y nacionalista en lo político pero sin llegar al desmantelamiento del sistema capitalista abogado por el viejo socialismo; la reacción de derecha (AUC) propone un Estado de orden, autoritario y capitalista pero receptivo a determinados intereses de la clase media; la fuerza pública defiende el Estado actual según la Constitución vigente y representa los intereses legales de una parte de la sociedad. Los tres conjuntos armados tienen tres componentes comunes: a) una máquina de guerra; b) un concepto de Estado; c) una base social por conquistar y retener. Las transformaciones del Estado o la conservación de este, exigidas a favor de sus bases sociales le dan a las máquinas de guerra un sentido político y social que representa, de hecho, las grandes divisiones de sociedad propias de las guerras civiles.

Otra cosa es que esas máquinas de guerra con una concepción de Estado y una base social por retener y conquistar, se mueven dentro de un territorio cuyos recursos en población, tierra y producción de riqueza son limitados, con lo cual el conflicto tiende a endurecerse cada vez más, a degradarse y a prescindir de las regulaciones convencionales pactadas internacionalmente.

Eric Lair. Empecemos por recordar que la idea de 'guerra civil' es particularmente polisémica. Hace parte de las nociones recurrentes, en ciencias políticas y sociales, que son difíciles de definir y se prestan a interpretaciones divergentes e inclusive imprecisas. Hoy en día, la expresión 'guerra civil' parece víctima de su propio 'éxito'. Se emplea con frecuencia para remitir a cualquier situación conflictiva armada de índole interna sin que se desarrolle una reflexión correspondiente acerca de la noción. En muchas ocasiones, se subrayan sus rasgos económicos y las prácticas de violencia que la caracterizan y se deja de lado lo que se entiende por 'civil'.

Desde la segunda mitad de los años noventa, se ha planteado con vigor el debate que consiste en saber si Colombia vive una 'guerra civil'. En una acepción genérica, podemos considerar que la sociedad colombiana experimenta una 'guerra civil' por cuanto ciudadanos procedentes de una misma comunidad

política organizada (*civitas*) han tomado las armas para enfrentarse entre sí y con el Estado. Poco a poco, estos protagonistas de la violencia han desarticulado las redes de solidaridad y de confianza entre los colombianos y han acentuado la precariedad del Estado-nación.

No obstante, ¿son estos criterios suficientes para constituir una situación de 'guerra civil'? Responder categóricamente por la afirmativa sería caucionar la banalización del término y no otorgarle mayor contenido conceptual.

Ahora bien, existe una literatura reciente que ha intentado profundizar en la noción y propone herramientas teóricas para precisarla a partir de un núcleo original: la idea de *civitas*. Adicionalmente a lo mencionado con anterioridad, varios análisis se refieren así a la 'guerra civil', destacando el protagonismo y la centralidad de las poblaciones (*actores fundamentales de la comunidad política*) en las dinámicas del conflicto. Entre otras cosas, se habla de 'guerra civil' cuando estas poblaciones se identifican con las facciones armadas y contribuyen masivamente al desarrollo de los combates y al esfuerzo de guerra o sólo a éste (*apoyo logístico, económico, moral, etc.*). Entonces, la comunidad nacional se derrumba desde su interior y se atomiza en diferentes bandos. En esta perspectiva, el conflicto colombiano no se enmarca plenamente dentro del escenario de una 'guerra civil' ya que, en muchos casos, las poblaciones quieren quedarse por fuera de la lucha armada y están involucradas en la lógica bélica bajo la fuerza y el terror.

Por supuesto, nunca se logra un respaldo totalmente masivo y voluntario de la población en las 'guerras civiles', las cuales no están exentas de mecanismos de participación forzada y de exacciones contra el pueblo. Sin embargo, en Colombia, donde el conflicto padece grandes referentes ideológicos o comunitarios susceptibles de generar una adhesión de dimensión nacional entre los civiles y los actores armados, las prácticas coercitivas dirigidas contra la población se han vuelto tan significativas que cuestionan la pertinencia del uso de la noción de 'guerra civil'. Dudar de su validez, no es menospreciar la realidad bélica que atraviesa el país. Por el contrario, es invitar a no aferrarse a una noción a menudo mal discernida que no facilita la aprehensión del panorama conflictivo. Por lo tanto, si se procura caracterizar la confrontación armada colombiana bajo el calificativo de 'guerra civil', siguiendo un enfoque genérico ya señalado, cabe agregar que se trata de una 'guerra civil'

eminentemente privatizada en sus actores, representaciones e intereses, la cual no ha logrado crear las condiciones de una movilización popular estable de gran magnitud a favor de los beligerantes (*'guerra civil' parcial o forzada para la población*). También, se puede acudir a otra noción que nos parece más adecuada y cercana a la naturaleza del conflicto, a saber 'la guerra contra los civiles'.

Pretender que la guerra se hace en contra de los civiles, como se ha sugerido para distintos teatros de guerra en el mundo, no significa que se desvanezca el enfrentamiento con el Estado, sino que las poblaciones se han convertido por ahora en los principales 'centros de gravedad' de la lucha armada por una multitud de factores políticos, militares y económicos que no podemos detallar aquí.

2. ¿Qué implicaciones políticas puede tener el calificar de guerra civil a la situación que vive el país, pensando concretamente en su confrontación y solución?

C. N. Calificar la situación actual del país como 'guerra civil' puede tener ciertos efectos marginales en la confrontación armada. El gobierno gana puntos frente a la guerrilla en la medida en que demuestre que el país es económicamente viable a pesar del conflicto armado. De ahí que seguramente sea reacio a usar el calificativo 'guerra civil', por temor a que esto afecte a ciertos rubros, en particular la inversión extranjera y el turismo. Pero la información de prensa en lo que se refiere a atentados, masacres, secuestros, extorsiones, tomas de pueblos y demás, nunca ha dejado de transmitirse hacia el exterior. Toda esta información ha influido significativamente en los flujos de inversión extranjera y el turismo, independientemente de que los gobiernos empleen (o no) palabras que proyectan una situación de normalidad (de hecho cierta normalidad no es del todo ficticia: existen zonas del país donde los efectos del conflicto armado se sienten marginalmente).

En todo caso, para cualquier gobierno colombiano será anatema referirse a la situación actual como 'guerra civil', porque de alguna manera da a entender la existencia de una crisis de legitimidad del Estado y la democracia demasiado profunda. Esto, difícilmente se va a admitir a nivel internacional, al menos públicamente. Adicionalmente, la definición de 'guerra civil' como una confrontación armada dentro de un Estado que produce al menos mil muertes relacionadas con el combate por

año, tampoco le reporta beneficio político alguno a la guerrilla. En efecto, esta definición no hace referencia al apoyo de la población a los grupos rebeldes, ni les reconoce un estatus de beligerancia, ni una causa justa. Se trata de una definición puramente académica y descriptiva, que parte de un simple hecho: la existencia de una confrontación armada a mayor escala dentro de un Estado. Esta definición de 'guerra civil' es indiferente al carácter moral o inmoral de los medios u objetivos de las partes del conflicto, lo que permite incluir a casos tan descarnados como los de Liberia y Sierra Leona. Para efectos de una posible solución al conflicto armado colombiano, las implicaciones de emplear el término 'guerra civil' también son bastante marginales. En la búsqueda de una paz negociada lo único inadmisibles es negociar con terroristas. Mientras que se emplee este término reiteradamente para calificar al adversario, hay indicios de que las perspectivas de sentarse a la mesa de negociaciones son lejanas. Con todo, cuando hay bases justificadas para calificar a un grupo (o unas prácticas) de 'terroristas', se introduce una barrera moral en medio de la guerra que tiene dos posibles efectos: o bien descartar de plano cualquier negociación con un grupo armado ilegal (por terrorista), o bien dar incentivos a dicho grupo para que desista de ciertas conductas terroristas (mas no de la guerra), si es que desea sentarse a una mesa de negociaciones y que sus demandas sean tomadas en cuenta. Más allá de esto, para efectos de unas negociaciones de paz, es indiferente si se emplea el calificativo relativamente neutral de 'guerra civil', o calificativos con una carga valorativa implícita mayor, como es el caso de 'guerra subversiva', o 'guerra revolucionaria', o 'guerra de baja intensidad'.

W. R. Asumir nuestro conflicto como una guerra civil es aclarar y definir no solo su solución sino la construcción de una sociedad posconflicto. En efecto, la guerra civil, dado su carácter de guerra entre portadores de proyectos divergentes sobre el Estado y la sociedad civil, debe conducirse no como una campaña de exterminio, sino como un proceso de acumulación de fuerzas propias y reducción de las contrarias que culmine en una etapa de negociación, desmovilización e integración de los antagonistas. La guerra civil es, por definición, una devastadora y fratricida lucha que no pretende la aniquilación de la familia nacional, sino su reconstitución alrededor de un determinado proyecto hegemónico.

El carácter de guerra civil se contrapone a otra hipótesis con implicaciones políticas desastrosas de frente a la negociación: la de un enfrentamiento entre simples aparatos de guerra que a espaldas de la amplia y vagamente llamada sociedad civil, estarían promoviendo el mantenimiento de sus intereses delincuenciales comunes. Tendríamos, en consecuencia, el siguiente cuadro: una guerrilla ya no de izquierda política sino inspirada por los estímulos del narcotráfico, el secuestro y la extorsión; unas autodefensas como simple prolongación paramilitar del Estado actual y de los narcotraficantes; unas fuerzas armadas cuya única misión es la de preservar los intereses de un Estado corrupto. Pero, en semejantes circunstancias, ¿con quien hacer la paz y construir lo que se supone será una nueva sociedad?

La política para la paz solo puede hacerse como consecuencia de una definición sobre cuál ha sido la política de la guerra. A partir de esta, es posible encontrar las claves para saber quiénes son los actores bélicos, cuáles son los tipos de negociación posible y qué niveles de transacción se pueden alcanzar.

E. L. Aludir al conflicto colombiano en unos términos inciertos de 'guerra civil' deja pensar que la configuración de la lucha armada permite identificar con certeza distintos polos antagónicos que se benefician de un fuerte respaldo entre la población. Si bien es cierto que esta visión se aproxima en muy pocas ocasiones a la realidad local, globalmente el paisaje de la guerra impide este tipo de generalización. La guerra en Colombia es fragmentada y errática en sus actores, modalidades y procesos de expansión. Es una guerra 'camaleón' en la cual se reflejan elementos de cercanía geográfica, social, política y cultural entre los protagonistas armados y las poblaciones civiles. Se parece en este sentido a una guerra de 'proximidad' entre vecinos, hermanos, nacionales, etc., sin que esta denominación implique necesariamente que las víctimas y sus verdugos se conozcan.

Una mirada internacional a los conflictos armados actuales nos enseña que las guerras de 'proximidad' son complicadas de resolver y 'curar'. En efecto, son guerras que disuelven los espacios públicos y las redes de sociabilidad. Por la difusión de la violencia destructora y del miedo, erosionan la conciencia que la sociedad tiene de sí misma y los fundamentos del Estado-nación. Diciendo que en Colombia esta guerra de 'proximidad' se realiza intencionalmente contra las poblaciones, sin

excluir los aspectos de la confrontación con el Estado, hacemos explícita su capacidad de desestructuración del tejido social y de la comunidad política (*de pronto de manera más evidente que con la imagen de 'guerra civil'*).

En Colombia, resulta poco factible aniquilar militarmente a los beligerantes no legales sabiendo que éstos suelen esconderse entre la población y que tienen la facultad de dispersarse a lo largo de un amplio territorio que además les proporciona recursos económicos para acumular poderío. Dicho poderío no es únicamente de carácter militar y económico. A pesar de su ilegalidad y de su escasa legitimidad ante la población, la guerrilla y los paramilitares interfieren en permanencia en las esferas políticas, principalmente en las localidades, aunque temas como las negociaciones de paz les ofrecen la oportunidad de tener una audiencia de alcance nacional e internacional.

Buscar y encontrar una solución negociada a la guerra será dispendioso y largo ya que los intereses en juego son múltiples y que la presencia de riquezas económicas hace rentable la guerra.

Si se logra una paz política entre todos los beligerantes, será imprescindible trabajar a favor de la paz social que supone planes de reinserción para los desmovilizados, programas de atención médica a las víctimas, reformas institucionales y económicas y el juicio de los crímenes perpetrados en tiempo de guerra. Es imposible juzgar al conjunto de los protagonistas del conflicto. Tampoco se puede optar por una amnistía total que sería sinónimo de amnesia. Es de la competencia del Estado, con el respaldo de instancias internacionales, fijar las pautas de la administración de la justicia post-conflictiva. En estas condiciones mínimas se abrirá el tortuoso camino de la reconciliación para que los ex-combatientes y las víctimas de la confrontación vuelvan a confiar y sepan perdonarse y construir las bases de una comunidad nacional cohesionada.

3. ¿Qué importancia tiene el factor militar frente a otros medios que se utilicen para confrontar esta guerra?

C.N. La importancia del factor militar es sustancial, pero hay que entender sus limitaciones. Como lo explico en mi artículo en esta misma revista, no creo que la guerra sea apenas un síntoma de problemas económicos y que, por lo tanto, requiera soluciones predominantemente económicas. En la guerra actual, la dimensión militar y

de lucha por el poder son esenciales, y no se pueden subsumir bajo (o reducir a) explicaciones económicas. Paralelamente, las estrategias contrainsurgentes siempre han incorporado proyectos de desarrollo a nivel local, brigadas cívico-militares, y varios esfuerzos por llevar ciertos servicios básicos a las comunidades que habitan en las 'zonas rojas', con el fin de crear lealtades con el Estado y romper sus vínculos con las guerrillas. Esto sugiere que el mismo estamento castrense concibe al factor militar como una parte (y no la totalidad) de una efectiva estrategia contrainsurgente.

La pregunta sobre si es posible derrotar a la guerrilla con mayor asistencia militar norteamericana y cooperación ciudadana o una de las dos es muy difícil de responder. En favor de esta hipótesis se suele citar como ejemplo la derrota de Sendero Luminoso en el Perú (pero nótese que este grupo armado está resurgiendo). En contra de esta hipótesis está el caso salvadoreño, donde no bastó que el ejército se volviera el tercer receptor de ayuda militar norteamericana en el mundo a mediados de los ochenta. Finalmente, el gobierno salvadoreño no pudo derrotar al FMLN, y gobierno y guerrillas optaron por la mesa de negociaciones.

Lo único claro es que, contrario a la tesis de López Michelsen, no es cierto que hay que derrotar militarmente a la guerrilla para luego negociar con ella. Lo importante (y suficiente) es contenerla militarmente, para que no siga expandiéndose como lo ha hecho en las últimas décadas. Cuando la guerrilla se convenza de que no puede tomarse el poder por las armas (ni siquiera en el largo plazo), probablemente considerará negociar más seriamente. Por supuesto, además de un agotamiento del factor militar, otros elementos deben estar presentes para que unas negociaciones de paz sean fructíferas, como es el caso de la mediación internacional y llegar a una serie de pactos viables de común acuerdo.

W. R. En una guerra civil, el factor militar es fundamental ya no, como se ha dicho, en términos del aniquilamiento del enemigo sino como medio de conducción hacia las negociaciones. Esto es válido para todos los actores armados de ahí que sea ingenuo, dado un cierto nivel de desarrollo del conflicto, pretender sustraerse a los rigores de un enfrentamiento cuya función ineludible es exponer las fortalezas propias y las debilidades del contrincante de frente a la futura negociación. Las acciones militares son un test al que

deben someterse todos los actores armados para verificar que tan cercana o lejana se encuentra la mesa de negociación.

En el punto actual de desenvolvimiento del conflicto, el factor militar es para el Estado colombiano la única garantía de un pronto desenlace. Quizás treinta o más años atrás, cuando la guerrilla campesina aún estaba en el proceso de la colonización armada, lo militar no tenía tanta importancia como ahora. Era la época en que algunas reformas oportunas habrían podido desmovilizar una crítica de las armas aún incipiente; cuando un solo cañonazo de reforma agraria habría hecho mucho más que las tantas y por lo general infructuosas campañas de cerco y aniquilamiento montadas desde entonces por nuestras Fuerzas Armadas. Pero la mala voluntad política de los sectores dirigentes y su prepotencia fueron creando una oposición armada que ahora tiene el poder social, político y militar para darse su tiempo en llegar a la negociación; a menos que el Estado tenga los argumentos militares suficientes para acelerarles el paso.

E. L. El factor militar es primordial para comprender la trama de la guerra en Colombia. Ahora, es menester preguntarse cuáles son las especificidades militares del conflicto y sus interacciones con otros parámetros. El tiempo estratégico de la confrontación es de larga duración; los estudiosos dicen al respecto que Colombia se encuentra azotada por una guerra 'prolongada'. Esta guerra 'prolongada' se singulariza por la relativa ausencia de grandes campañas de combates, un poco como si los grupos armados rehusaran a agotar sus fuerzas (*principio de economía de fuerzas*) sabiendo que el horizonte del conflicto está abierto y que requiere una buena distribución de los esfuerzos en el tiempo y el espacio. Esta impresión se ha corroborado en la actualidad con la actitud de los grupos ilegales que intentan evitar en lo posible los choques frontales con las tropas regulares, las cuales están asumiendo una postura más ofensiva que en el pasado. A la luz de este panorama, no debemos inferir que no hay combates. Éstos ocurren a diario sin ser siempre directos (*emboscadas oblicuas, persecución aérea y elusiva del enemigo, etc.*), pero son usualmente de orden táctico y tienen pocas repercusiones sobre la configuración general del conflicto (*escala estratégica*) a excepción de los ataques contra las principales bases militares, por ejemplo. Cada vez más, los beligerantes explotan el factor sorpresa, la concentración de fuerzas,

la movilidad y la celeridad en la ejecución de las operaciones con el propósito de romper la unidad del otro y de paralizar su capacidad de reacción. Además de estas consideraciones militares, las acciones bélicas se implementan de manera indirecta por poblaciones 'interpuestas' (*masacres, atentados, etc. con un valor aterrorizante*). La idea radica aquí en debilitar al campo rival privándolo de sus supuestas fuentes de apoyo sin librar combates. La confrontación se aleja en este sentido de la visión clásica de la guerra heredada de Karl Von Clausewitz y sus contemporáneos. Combina intervenciones armadas con técnicas violentas que no son estrictamente de esencia militar (*atentados, matanzas, etc.*). La guerra se desplaza también hacia los ámbitos políticos y económicos. Afecta el orden institucional en

varias regiones y se inscribe en un conflicto de representaciones donde cada uno de los grupos armados aspira a ser el depositario de la defensa del pueblo. Por su parte, la acumulación de recursos económicos define endémicamente el campo de acción de los protagonistas ilegales que pelean por su control en un momento en que los costos de la guerra van incrementándose a medida que se intensifica y alarga la lucha armada.

En resumidas cuentas, el factor militar no puede abarcar por sí solo la complejidad de una guerra con múltiples fines y medios la cual tiende a permear de manera diferenciada, pero creciente, a la sociedad y a las mentes de los colombianos. ¿Acaso prefigura Colombia lo que algunos analistas llaman una 'guerra total interna' en referencia a otros escenarios de conflicto?